

*Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Lic. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Francisco Bastitta.*

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

	<b>3</b>	<b>Por qué nos hace falta centrarnos hoy en la esperanza</b>
<i>Carlos Hoevel</i>	<b>9</b>	<b>La ilusión de ser argentino</b>
<i>Florian Pitschl</i>	<b>22</b>	<b>Regreso a la infancia, redescubrimiento de la esperanza</b>
<i>Alicia Zanotti de Savanti</i>	<b>35</b>	<b>Encontrar la alegría</b>
<i>Enrique Aguilar</i>	<b>49</b>	<b>La relación de Ortega y Gasset con la Argentina</b>
<i>Fernando Devoto</i>	<b>64</b>	<b>El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad</b>
<i>Alberto Espezel</i>	<b>73</b>	<b>Breve lectura introductoria de Alasdair MacIntyre</b>
<i>Erich Kock</i>	<b>83</b>	<b>Quien quiere saber más, debe atreverse a la muerte In Memoriam Ernst Jünger</b>

# La relación de Ortega y Gasset con la Argentina

*Enrique Aguilar\**

Se ha dicho bien que el tema que da título a este trabajo puede ser enfocado desde dos ángulos. El primero, relativo a la presencia de Ortega y Gasset en la Argentina; el segundo, relativo a la presencia de la Argentina en la obra de Ortega<sup>1</sup>. Aun cuando ambas perspectivas puedan ser consideradas como independientes, en las páginas que siguen las adoptaré en conjunto con ánimo de rescatar, respetando su cronología, los aspectos que considero más salientes de esa igualmente doble y relevante presencia<sup>2</sup>.

## Primer Viaje

Recordemos, para empezar, que Ortega arribó a estas costas preso de curiosidad -“¿Qué será la Pampa vista desde la cima sensitiva de mi

---

\* Doctor en C. Políticas, profesor de Teoría Política en la UCA. Su último libro se titula *Nación y Estado en el pensamiento de Ortega y Gasset*, Ciudad Argentina, 1998, Buenos Aires.

<sup>1</sup> Cfr. José Luis Molinuevo, “Ortega y la Argentina: la modernidad alternativa”, en J. L. Molinuevo (coord.) et Al., *Ortega y la Argentina*, F. C. E., Buenos Aires, 1997, p. 95. Molinuevo propone, en rigor, una tercer perspectiva, de la que no surja tanto lo que Ortega ha dado a la Argentina cuanto lo que la Argentina ha dado a Ortega como circunstancia suya.

<sup>2</sup> Me he ocupado del tema en “Ortega y Gasset con los argentinos” (*La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, 22 de enero de 1998) y en una disertación pronunciada en el marco del Congreso *Mirada del otro, mirada sobre el otro*, que realizó en Bs. As. el Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas, y que fue recogida por la Fundación Ortega y Gasset Argentina (Documento Nro. 1, Bs. As., diciembre de 2000). De una y otra fuente reproduciré textualmente algunos párrafos, que completaré con las respectivas notas al pie de página que aquellas dos publicaciones, dadas sus características, no contenían.

corazón?”, se interrogaba semanas antes en un ensayo sobre Azorín<sup>3</sup> invitado por la Institución Cultural Española, correspondiendo a una propuesta hecha por la Junta para Ampliación de Estudios presidida entonces por Santiago Ramón y Cajal. Promediaba el año 1916 y el viaje coincidía con el momento de “ferviente eclosión” de la personalidad y el pensamiento de nuestro visitante<sup>4</sup>, quien ya había publicado las *Meditaciones del Quijote* como respuesta a la pregunta sobre el destino de España que venía a terciar en el combate de la vida con la razón al que incitaba Unamuno. Asimismo, el viaje coincidía con el inicio de un largo paréntesis en su compromiso público (hasta hacía poco orientado a introducir el hábito de la participación política como factor de socialización) y con un sentimiento de desaliento que lo embargaba respecto de España<sup>5</sup>.

Excepto por algunas noticias que nos llegaban de Bergson, los estudios filosóficos en Argentina se hallaban todavía inmersos en el positivismo. Al propio Ortega le costará entender que a esas horas existiese una cátedra en donde, “con devota convicción”, se expusiera a Herbert Spencer<sup>6</sup>. Arriba junto con su padre, José Ortega Munilla, el 22 de julio, y el 7 de agosto, en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras, inicia un ciclo de nueve conferencias que versarán sobre cuestiones tales como el sentido de la filosofía, la duda, la ubicuidad de la ciencia, etcétera<sup>7</sup>. Se ha contado cómo en la Facultad de Filosofía y Letras una multitud se amontonó (con puertas y ventanas rotas) para oír al conferenciante, flanqueado a la sazón por el Ministro de Instrucción Pública

---

<sup>3</sup> José Ortega y Gasset: “Azorín o primores de lo vulgar” [1916], en *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid, 1961, vol. II, p. 158. Para el presente trabajo, los volúmenes I al VII de O.C. según la edición de 1961; VIII y IX, según la de 1962, y X, XI y XII según la de 1983. En adelante, citaré directamente por número de página, precedido por el del volumen en romano.

<sup>4</sup> Cfr. Soledad Ortega, “Ortega y América”, *Quinto Centenario*, Nro. 6 (“Ortega y América”), Departamento de Historia de América, Universidad Complutense, Madrid, 1983, p. 6.

<sup>5</sup> Cfr. José Luis Molinuevo, “Introducción” a José Ortega y Gasset, *Meditación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, F. C. E., Madrid, 1996, p. 8. Respecto de la actividad política de Ortega desplegada con anterioridad recomiendo, dentro de una amplia bibliografía, el libro póstumo de Vicente Cacho Viu, *Los intelectuales y el poder. Perfil público de Ortega y Gasset*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

<sup>6</sup> “Para dos revistas argentinas” (1924; VIII, 376).

<sup>7</sup> Pueden leerse en José Ortega y Gasset, *Meditación de nuestro tiempo*, ob. cit., pp. 35-173.

Carlos Saavedra Lamas, el Decano Rodolfo Rivarola y Avelino Guitierrez, *alma mater* de la Institución Cultural<sup>8</sup>. En palabras de Alejandro Korn, “algunos despertaron [entonces] de su letargo dogmático y muchos advirtieron por primera vez la existencia de una filosofía menos pedestre<sup>9</sup>. Rivarola, por su parte, sostuvo que debíamos a Ortega “el haber estimulado el interés por la filosofía, como no ocurrió jamás, antes de ahora, en nuestra tierra”<sup>10</sup>. Paralelamente desarrolló Ortega un seminario matinal, más restringido, destinado a la lectura y comentario de la *Crítica de la Razón Pura*. También disertó en el Teatro Odeón sobre “La nueva sensibilidad” y en el de la Opera sobre “España y el carácter español”. En gira por el interior, habló en Tucumán, bajo el auspicio de la flamante Universidad y siendo presentado por el epistemólogo Alberto Rougés. Luego, en Rosario, ocupó el estrado del Club Español y el de la Biblioteca Argentina. Mendoza, Córdoba y, cruzando el Río de la Plata, Montevideo, también sirvieron de escenario a sus disertaciones.

De regreso en Buenos Aires se lo escuchó en el Instituto Popular de Conferencias, con sede en el diario *La Prensa*. El sólo anuncio de que daría allí sus “impresiones” de la Argentina bastó para despertar un vivo interés. Se hablaba ya del magisterio de su personalidad y de ese don verbal portentoso que, al decir de Ernesto Quesada, aventajaba aun al de Hermann Cohen, en Alemania, o Bergson en Francia<sup>11</sup>. ¿Cuáles eran esas impre-

---

<sup>8</sup> El propio Ortega recordará, en su tercer venida, el desmán que había ocasionado “el afán de escuchar una lección filosófica de un mocito gallego, ocho días antes totalmente desconocido”. *Discurso en la Institución Cultural Española de Buenos Aires*, 16 de noviembre de 1939 (VI, 239).

<sup>9</sup> Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Solar, Buenos Aires, 1983, p. 280, cit. por Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, F. C. E., México, 1994, p. 19.

<sup>10</sup> Cit. por Hugo E. Biagini, “Ortega en la Argentina”, *Todo es Historia*, Nro. 220, Buenos Aires, agosto de 1985, p. 41.

<sup>11</sup> Sobre estos y otros pormenores del primer viaje, ver el cap. V (“1916: El curso de Don José Ortega y Gasset”) del Tomo Primero (1912-1920) de los *Anales de la Institución Cultural Española*, Buenos Aires, 1947, pp. 149-208. Asimismo, remito al detallado trabajo de Marta Campomar, “Los viajes de Ortega a la Argentina y la Institución Cultural Española, en J. L. Molinuevo (coord.) *Et Al., Ortega y la Argentina*, ob. cit., pp. 119-149. Finalmente, véase Carmen Asenjo e Iñaki Gabaráin, “Viaje a la Argentina, 1916. Primera Parte”, en *Revista de Estudios Orteguianos*, Nro. 1, Madrid, noviembre de 2000, pp. 29-64, que aporta una relevante documentación asociada a este viaje.

siones? En apretadas cuentas, nos veía llenos de un optimismo aspirante presto a verterse sobre el transeúnte. "... Yo no creo -decía- que exista en parte alguna un público de sensibilidad más pronta y limpia de prejuicios, de mayor perspicacia, que el que encontrará en la Argentina todo el que venga con un poco de pureza y otro poco de arte en su corazón". Nos veía, asimismo (y esta opinión cambió radicalmente con el tiempo), libres de envidias. Admiraba nuestro talento para absorber "hombres de toda oriundez" en la unidad de un Estado. Le agradaba nuestra cortesía, tanto más -lo resalta Molinuevo- cuanto que Ortega estaba acostumbrado y molesto por la fórmula del choque directo en España<sup>12</sup>. Ello no obstante, y a pesar de su confesado entusiasmo -"yo no he sido entre vosotros -adujo- sino un entusiasta que pasa"- estábamos para él poco preocupados, demasiado poco preocupados, de ciencia, una carencia que conspiraba contra el desarrollo intelectual de la comunidad y que se manifestaba, por ejemplo, en nuestra indeterminación para poseer, en su sentido plenario, Universidad. Escuchémosle:

Quien viniendo, como yo, de fuera, aspire a aclararse los problemas de la vida argentina, así en lo colectivo como en lo individual, creo que deberá partir, como de un hecho central, de la desproporción enorme que existe entre la preocupación económica de vuestra sociedad y el resto de sus actividades. Estas jóvenes naciones, nacidas como colonias de pueblos viejos, tardan más de lo que a primera vista parece en superar la trayectoria que les fue impuesta en su origen. La metrópoli creaba la colonia con una exclusiva intención de negocio, de lucro; y al declararse independiente la filial colectividad, suele conservar más de lo que debiera el punto de vista metropolitano. De aquí un como exclusivismo de la función económica, fomentado por los raudales periódicos del aluvión inmigratorio, nutridos con sedientos de riqueza [...] Mas un pueblo que ve claro delante y quiere con decisión su porvenir, como el argentino, sabe muy bien lo que ha de hacer para corregir este defecto original. Y eso que ha de hacer no podrá consistir en otra cosa que en dedicar tanta mayor energía al cultivo superior de las actividades sobreeconómicas cuanto mayor es su desproporción frente a las utilitarias.

Esta obra de fomento reflexivo en torno a la cultura superior es la misión de la Universidad.

---

<sup>12</sup> Cfr. José Luis Molinuevo, "Introducción", ob. cit. p. 13.

La Universidad, señores, símbolo de toda esencial pedagogía y de toda acción intelectual, es hoy el instrumento incomparable para la labranza de pueblos [...] ¿Existe en la conciencia pública argentina la resuelta visión de esto?<sup>13</sup>

Muchas cosas trajo aparejadas esta primer gira de Ortega por la Argentina, que se extendió hasta enero de 1917. Por lo pronto, la filosofía se hizo “un gran espectáculo público” (el comentario pertenece a Julio Noé) con su llegada, trasponiendo el cerrado ámbito del claustro y despejando un poco el ambiente, como le escribirá Alberini<sup>14</sup>. La Universidad recibió un impulso enorme que aceleró el ritmo de información bibliográfica. Tuvimos la primer referencia a Husserl y la fenomenología. Brentano, Meinong, Freud, Hartmann, Scheler, Dilthey, Rickert, Simmel, son otros de los nombres que divulgó entre nosotros, dando con ello un espaldarazo a la corriente renovadora que encabezaban en la Universidad los citados Alberini y Korn junto a Francisco Romero. Como lo expresa el profesor Medin, “desde este primer contacto comenzó a darse lo que sería una constante por muchos años en la cultura latinoamericana: la imposibilidad de desentenderse de la presencia intelectual de Ortega”<sup>15</sup>. La fundación, en 1917, del efímero Colegio Novecentista y de *Cuadernos*, su órgano de expresión, está también ligada a esta visita. Eco más lejano fue la creación, en 1924 (año en que dará comienzo la colaboración regular de Ortega en *La Nación*), de la Sociedad de Amigos del Arte, obra de Elena Sansinena de Elizalde, por donde desfilarán figuras de la envergadura de Keyserling, Waldo Frank, Drieu La Rochelle, García Lorca, Gómez de la Serna y, desde luego, Ortega. (No está de más referir, siquiera entre paréntesis, que Sansinena se había acercado a Ortega “arrastrada por la indignación” de Angel de Estrada, quien le reprochaba su indiferencia y su desconocimiento de lo español, producto de una educación

<sup>13</sup> “Impresiones de un viajero” (1916; VIII, 361-370). Como se ha dicho bien, era ésta una forma de ver “bajo el agua: esa Argentina que andaba bien, sentía y pensaba mal” (Mariano Grondona, “Los argentinos según Ortega y Gasset, de ayer a hoy”, en J. L. Molinuevo (coord.) *Et Al., Ortega y la Argentina*, ob. cit., p. 57.)

<sup>14</sup> Julio Noé, “Ortega y la Argentina”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Nro. 2, Buenos Aires, 1957, cit. por José Luis Gómez-Martínez, “Presencia de América en la obra de Ortega y Gasset”, *Quinto Centenario*, Nro. 6, Departamento de Historia de América, Universidad Complutense, Madrid, 1983, p. 129. La expresión de Alberini en carta a Ortega del 15 de junio de 1917, Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset, cit. por José Luis Molinuevo, “Introducción”, ob. cit., p. 22.

<sup>15</sup> Tzvi Medin, ob. cit., p. 19.

exclusivamente francesa. Victoria Ocampo –nadie lo ignora- no sería ajena a este reproche<sup>16</sup>.)

Ortega guardó un recuerdo gratísimo de la Argentina, quedando prisionero de una red de amistades y agradecimientos. A menudo se ocuparía de nosotros en los años siguientes. Como botón de muestra, mencionemos su “Carta a un joven argentino que estudia filosofía” (1924), donde nos advierte sobre nuestra falta de disciplina interior y exagerada predisposición al énfasis. Anticipándose a su frase de 1939, expresó allí que debíamos ir a las cosas, sin más. El americano “propende al narcisismo”, señalaba Ortega. “... Al mirar las cosas, no abandona sobre éstas la mirada, sino que tiende a usar de ellas como de un espejo donde contemplarse. De aquí que, en vez de penetrar en su interior, se quede casi siempre ante la superficie, ocupado en dar representación de sí mismo y ejecutar cuadros plásticos.” Y continuaba:

Son ustedes más sensibles que precisos, y, mientras esto no varíe, dependerán ustedes íntegramente de Europa en el orden intelectual –único al que me refiero. Porque, al ser sensibles, toda idea graciosa y fértil que se produzca en Europa conmovirá, quieran o no, el fino receptor que es su organismo; pero al querer reaccionar frente a la idea recibida –juzgarla, refutarla, valorarla y oponerle otra- encontrarán ustedes dentro de sí esa impresión, esa vaguedad –llamémoslo por su nombre-, esa falta de criterio certero, firme, seguro de sí mismo, que sólo se obtiene mediante rigurosas disciplinas<sup>17</sup>.

## **Segundo Viaje**

Cuando arriba nuevamente, en 1928 (llega el 27 de agosto y permanecerá hasta enero del año siguiente), su impresión de América (siempre condicionada por la que tenía de Argentina) había variado bastante, lo mismo que su actitud hacia Europa, a la cual juzgaba ahora bien

---

<sup>16</sup> Cfr. Elena Sansinena de Elizalde, “Mi amistad con Ortega”, en *Sur*, Nro. 241 (“Homenaje a Ortega y Gasset”), Buenos Aires, julio y agosto de 1956, p. 187.

<sup>17</sup> “Carta a un joven estudiante que estudia filosofía” (1924; II, 347-351).

pertrechada y lejos, por ende, de los presagios de Spengler<sup>18</sup>. Ortega tiene plena conciencia de las expectativas que generaba este viaje. No era ya un joven profesor de obra y fama incipiente, sucesor de la cátedra de Nicolás Salmerón, sino una celebridad, “un hecho cosmopolita”, como dijo Fernando Vela en alusión a la diversidad de lenguas en que sus libros eran volcados. El alemán Ernst Robert Curtius lo había distinguido como uno de los doce pares del intelecto europeo. Aquí, Alberini lo saludaría en estos términos: “... Presumo que el pensamiento contemporáneo no tenga hombre capaz de superar a Ortega y Gasset en riqueza de sensibilidad mental [ni] en la percepción del momento dramático de la filosofía...”<sup>19</sup>. Era notorio el papel desempeñado por la *Revista de Occidente* y la editorial homónima en la difusión de la cultura europea, principalmente de la alemana. Ortega influía muchísimo. Para usar la expresión de Raúl Roa, su estilo y su pensamiento hicieron su agosto en aquella década<sup>20</sup>. Se imitaba su prosa, se saqueaba su vasta temática... En especial, era indudable el ascendiente que ejercía sobre las juventudes hispanoamericanas (de Argentina, México, Chile, Bolivia y Perú) en su toma de conciencia generacional (la obra clave, en este sentido, es *El tema de nuestro tiempo*), dato al que deberíamos añadir el amplio debate (que se prolongó por lustros) a que diera lugar la publicación, en 1925, de *La deshumanización del arte*<sup>21</sup>.

Pero ahora pasaba a ser, como señalara el recordado Ezequiel de Olaso, “el profeta de nuestra decadencia”<sup>22</sup>. Poseyó el valor, propio de los buenos amigos (un amigo que llegó a afirmar que debía “una parte sustancial de [sí] mismo, de [su] vida, a la Argentina”), de censurar

<sup>18</sup> Cfr. Inna Terterian, “La culturología extranjera del siglo XX y el pensamiento latinoamericano”, *América Latina*, Nro. 2 (18), Editorial Progreso, Moscú, 1978, p. 108.

<sup>19</sup> Las tres expresiones están recogidas en el Tomo Tercero (1926-1930) de los *Anales de la Institución Cultural Española*, Buenos Aires, 1953, p. 187 s. y 212-215.

<sup>20</sup> Roa R., “Dichos y hechos de Ortega y Gasset”, *Cuadernos Americanos*, I, Año XV, 1956, cit. por Rosa María Martínez de Codes, “Ortega y la Argentina”, *Quinto Centenario*, Nro. 6, Departamento de Historia de América, Universidad Complutense, Madrid, 1983, p. 72.

<sup>21</sup> Al respecto, es lectura indispensable Tzvi Medin, ob. cit., cap. II (pp. 27-122). Ver también Leopoldo Zea, “Presencia Cultural de Ortega en Hispanoamérica”, *Quinto Centenario*, Nro. 6, Departamento de Historia de América, Universidad Complutense, Madrid, 1983, pp. 13-35. Del mismo autor, “Ortega y la conciencia de la identidad latinoamericana”, *Sur*, Nro. 352, Buenos Aires, enero-junio 1983, pp. 105-120.

<sup>22</sup> Ezequiel de Olaso, “La lección del filósofo”, *La Nación*, 8 de mayo de 1983. “Si miramos su predicción por el reverso —continuaba Olaso— todavía encontraremos sugerencias preciosas para la regeneración nacional.”

nuestros defectos, aun a sabiendas de que al hacerlo “iba a condensar sobre [su] cabeza todas las electricidades del iracundo denuesto”<sup>23</sup>. De nada servía que a la par subrayase nuestra posibilidad de alta historia y nuestra vitalidad pujante. Con su ensayo *Intimidades* (en sus dos tramos: “La Pampa... promesas” y “El hombre a la defensiva”), que, como sostiene José Luis Molinuevo, “arrojó una sombra final” sobre los resultados del segundo viaje y sobre la disposición receptiva para el tercero<sup>24</sup>, había tocado una zona sensible y enferma: única razón para explicarse la descarga de críticas que encendió, con la esperanza acaso de que, “andando no mucho tiempo, otros jóvenes de vida más auténtica pensar[ían] de otro modo”<sup>25</sup>. (Su propósito, a fin de cuentas, no era otro que saldar una deuda, cometido que no podía cumplirse mediante el elogio y la “benevolencia crítica” sino llamando al argentino “al fondo auténtico de sí mismo”. “... Sólo así -advertía- podría modificar la moral colectiva, el tipo de valores preferidos, el *standard* de virtudes y modos de ser que, prestigiados, informen con fértil automatismo la existencia argentina”<sup>26</sup>).

Ortega se hacía cargo de que la Pampa no podía ser vista de veras sin ser vivida, de ahí que su ensayo estuviera escrito “como a ciegas”. En cuanto paisaje, debía ser mirada comenzando por su fin, “por su órgano de promesas”. En La Pampa “lo próximo es pura área geométrica, es simplemente tierra, mies, algo abstracto, sin fisonomía singular, igual acá que allá”. Quizá lo esencial de la vida argentina fuera precisamente eso: ser promesa. “... La Pampa promete, promete, promete... hace desde el horizonte inagotables ademanes de abundancia y concesión. Todo

<sup>23</sup> Ambas expresiones en “Por qué he escrito ‘El hombre a la defensiva’”, publicado en *La Nación* el 13 de abril de 1930, IV, 69-74. Se lee ahí también: “... no podría escribirse mi biografía —dado que ello tuviese algún interés— sin dedicar algunos capítulos centrales a la Argentina. Es decir, que yo debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida —situación, emociones, hondas experiencias, pensamientos— a ese país.” Respecto de la repercusión que había de tener “La Pampa... promesas” (ensayo complementario de “El hombre a la defensiva”), es indicativo este pasaje de una carta que, desde Mendoza (23 de marzo de 1928), le enviara Ortega a Victoria: “He hecho el viaje muy bien. Durante el día he escrito de un tirón un artículo para ‘La Nación’ que se titula ‘La Pampa... promesas’, *el cual tendrá la virtud de excitar las mejores iras*”. José Ortega y Gasset, *Epistolario*, Revista de Occidente, Colección “El Arquero”, Madrid, 1974, pp. 168 s. (la cursiva es mía).

<sup>24</sup> Cfr. José Luis Molinuevo, *Introducción*, ob. cit. p. 31.

<sup>25</sup> “Por qué he escrito...”, IV, 73. Y concluía Ortega: “... Beethoven tituló una de sus sonatas: *Hacia la alegría por el dolor*. Yo podía haber titulado estas páginas mías: ‘Hacia la gratitud por el insulto’.”

<sup>26</sup> *Ibid.*

vive aquí de lejanías –y desde lejanías. Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo, muy adelante en el horizonte de sí mismo y desde allí gobierna y ejecuta su vida de aquí, la real, presente y efectiva”. Mas ocurre que esas promesas raras veces se cumplen, y entonces queda el hombre mutilado, rota toda comunicación “con la inverosimilitud en que posaba”. “... Por eso -leemos más abajo-, cuando al llegar a la vejez mira atrás, no encuentra su vida, que no ha pasado por él, a la que no ha atendido y halla sólo la huella dolorida y romántica de una existencia que no existió”. A los pueblos les pasa otro tanto. “El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras: quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un futuro soberbio, no le sabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar”. Y, sin embargo:

... Cuanto más elevado sea el módulo de vida a que nos pongamos, mayor distancia habrá entre el proyecto -lo que queremos ser- y la situación real -lo que aun somos-. Mientras llevemos clara la partida doble que es toda vida -proyecto y situación- sólo ventajas rinde la magnanimidad. Pero si de puro mirar el proyecto de nosotros mismos olvidamos que aún no lo hemos cumplido, acabaremos por creernos ya en perfección. Y lo peor de esto no es el error que significa, sino que impide nuestro efectivo progreso, ya que no hay manera más cierta de no mejorar que creerse óptimo<sup>27</sup>.

El argentino le parecía a Ortega un hombre a la defensiva, rasgo que excluye de entrada la cordialidad en el trato. Esa actitud defensiva, agrega, “frena y paraliza su ser espontáneo y deja sólo en pie su persona convencional”. El corolario: una alarmante falta de autenticidad. Inmoderado apetito de fortuna, vocación para ser ya lo que imaginamos ser, narcisismo (el argentino “se mira sin descanso [...] de espaldas a la vida, fija la vista en su quimera personal”) y, en medio de ello, un género de patriotismo que difícilmente comprendieran los europeos: el de quien nace “con una fe ciega en el destino glorioso de su pueblo, da por cumplidas ya todas las grandezas de su futuro, y sintiéndose miembro de él, apunta a su persona privada la gloria de ese porvenir colectivo como un presente”. Tal la peculiar psicología del argentino (por otra parte, uno de los tipos humanos “mejor dotados que acaso haya”) que Ortega describía guardando la debida equidistancia “entre el halago y el vejamen”.<sup>28</sup>

<sup>27</sup> VIII, 638-646.

<sup>28</sup> VIII, 650-665. Conste que Ortega se refiere siempre al varón argentino. Sobre la mujer se explayará en una emisión radiofónica, *Meditación de la criolla* (1939; VIII, 411-445).

Lo más suave que se adujo fue que no era capaz de distinguir entre el porteño y el hombre del interior, o que sus errores de apreciación provenían de que sólo se dignaba frecuentar a un reducido grupo mundano: los altos círculos sociales de Buenos Aires. Entre lo más hiriente, que había olvidado su filosofía “en el hall del Plaza Hotel”<sup>29</sup>. Roberto García Pinto aludió a un escritor de fama y edad pareja a Ortega, que declaró un día: “No pienso leerlo, dicen que es contagioso”<sup>30</sup>. No tenía buena prensa, lo que se compadecía con una progresiva merma de atención a sus enseñanzas. Cuatro hechos, sin embargo, quisiera destacar que entroncan con este segundo viaje. La inauguración de la Sociedad Kantiana de Buenos Aires, autónoma de la berlinesa, cuyo promotor fuera Alejandro Korn; el adelanto, en las conferencias de Amigos del Arte, de buena parte del contenido de *La rebelión de las masas*; el renovado impulso que recibiera en los años treinta el ensayo sobre la realidad nacional, y, naturalmente, la fundación de la revista *Sur* en el verano de 1931. Ortega, como se sabe, sugirió su título e integró su consejo extranjero junto a Waldo Frank, P. Henríquez Ureña y Alfonso Reyes<sup>31</sup>. ¿Hace falta recordar cuán decisiva fue para la iniciación literaria y la realización del destino de Victoria Ocampo su amistad, “no siempre pacífi-

---

<sup>29</sup> Manuel Gálvez fue quien, al comentar el ensayo de Ortega en *La Nación*, aludió a la necesidad de distinguir entre el porteño y el provinciano. También de Gálvez procede la apreciación sobre los círculos mundanos en los que se desenvolvía Ortega. Es evidente, decía, “que el escritor español sólo ha tenido ante el microscopio a una clase de argentinos: a los que actúan en el ambiente social o en el ambiente universitario. A los escritores, a pesar de ser sus colegas, me consta que no los conoce. Al hombre de las clases intermedias —tan argentino como aquellos otros— no lo ha tratado. Y al pueblo, creo que lo ignora casi en absoluto” (cit. por José Luis Gómez-Martínez, *Presencia de América en la obra de Ortega y Gasset*, ob. cit., p. 130). Una reseña detallada de las apreciaciones de Gálvez en el Tomo Tercero (1926-1930) de los *Anales de la Institución Cultural Española*, ob. cit., pp. 479-482. La expresión sobre el Plaza Hotel, volcada en un número de *El Hogar*, salió de la pluma de Pablo Rojas Paz (cfr. Hugo E. Biagini, ob. cit., p. 42).

<sup>30</sup> Roberto García Pinto, “Los pasos de Ortega en la Argentina”, en *Revista de Occidente*, Nro. 37, Madrid, junio 1984, p. 86.

<sup>31</sup> Ver Tzvi Medin, ob. cit., pp. 111-120; Rosa María Martínez de Codes, ob. cit. p. 77 s., y Kessel Schwartz, *The Argentine experiences of José Ortega y Gasset*, Bulletin of the University of Miami, Graduate School of International Studies, Vol. I, Nro 1. Miami, Florida, december 1983, pp. 19 ss. Los textos de las conferencias dictadas en Buenos Aires durante 1928 en José Ortega y Gasset, *Meditación de nuestro tiempo*, ob. cit.

ca”<sup>32</sup>, con Ortega? Representaba para ella “todo ese mundo de la escritura que era el mundo hacia el cual yo tendía con todas mis fuerzas”<sup>33</sup>. A quien antes, reacia como quedó dicho a las cosas de España, no pudiera expresarse por escrito más que en francés, le había sido dado descubrir, tras el primer viaje de Ortega, que “todo podía decirse en lengua española sin por ello volverse automáticamente pesado, afectado, grandilocuente”<sup>34</sup>. Así nació De Francesca a Beatrice (“un deber de escolar en búsqueda de su alma”, dijo del texto su autora)<sup>35</sup>, que Ortega editaría en 1924 como segundo tomo de la colección *Revista de Occidente*. (Con antelación, Victoria había requerido la opinión de Paul Groussac, cuya respuesta la había dejado “mustia como las plantas de hortensia después de un día de viento norte, en enero”)<sup>36</sup>. “¿Quién era yo entonces? -se pregunta Victoria. ¿Una mujer joven y lo bastante linda para justificar esa bondad? ¿O realmente veía algo más en la que llamaba Gioconda de la Pampa?”<sup>37</sup>. Como quiera que fuese, el gesto escondía otra sorpresa: un galante epílogo -más allá de los reparos que sembraría en Victoria- sobre el influjo de la mujer en la historia, reproducido con posterioridad en los *Estudios sobre el amor*.

### Tercer viaje

Con relación a su tercer estadía, que duró desde mediados de 1939 hasta febrero de 1942, recordaré que fue un trago amargo para Ortega. Padeció un magro reconocimiento público, malos humores, contratiempos, mezquindades y la experiencia de grandes decepciones. Sufrimiento, en suma, físico (su salud quebrantada lo había puesto al bor-

<sup>32</sup> La expresión es de Victoria en carta a Soledad Ortega del 28 de agosto de 1962, cit. por ésta última en “Victoria Ocampo al trasluz de una doble amistad”, *Revista de Occidente*, Nro. 37, Madrid, junio 1984, p. 20.

<sup>33</sup> Carta de Victoria a Soledad Ortega del 11 de agosto de 1962, *ibid.*, p. 19.

<sup>34</sup> Cit. por Soledad Ortega, *ibid.*, p. 11. Véase también Victoria Ocampo, “Mi deuda con Ortega”, *Sur*, Nro. 241, Buenos Aires, julio y agosto de 1956, p. 210 donde afirma que su conocimiento de Ortega fue un “bautismo por inmersión en el genio español”, que hasta entonces parecía “irreconciliable con mis gustos profundos”.

<sup>35</sup> En carta citada *supra* en nota 33, *ibid.*, p. 19.

<sup>36</sup> Cit por Celia Correas de Zapata, “Victoria Ocampo, Ortega y Gasset y el feminismo”, en *La Nación*, 28 de junio de 1981.

<sup>37</sup> Cit. por Hugo E. Biagini, “Ortega en la Argentina”, *ob. cit.*, p. 46

de de la muerte en París) y moral, que Máximo Etchecopar, su amigo y discípulo, registró en páginas perdurables<sup>38</sup>. En carta a María Elena Ramos Mejía hablará de la “nulidad” de su vida argentina en ese lapso<sup>39</sup>. A Carmen Gándara le dijo: “Mi vida aquí no tiene historia posible porque es la suspensión total de una vida”<sup>40</sup>. A Lorenzo Luzuriaga, que en Buenos Aires no había encontrado “ni por azar, eso que se llama facilidad en nada”<sup>41</sup>. A Victoria, en carta del 9 de octubre de 1941, se dirigirá en estos términos:

Puedo decirte que desde febrero mi existencia no se parece *absolutamente* nada a lo que ha sido hasta entonces y que, *sin posible comparación*, atravieso la etapa más dura de mi vida. Muchas veces en estos meses he temido morirme, morirme en el sentido más literal y físico, pero en una muerte de angustia. Hoy, están en el mundo muriendo del mismo modo muchos hombres de mi condición. Es un hecho que la gente no conoce suficientemente. No sería, pues, el mío sino un caso más<sup>42</sup>.

Su silencio en torno a la guerra civil provocó la hostilidad de unos y otros (sólo para unos pocos significó más que cualquier declaración pública). Víctima de la piratería editorial, naufragó su intento de continuar, por medio de una firma argentina, la obra interrumpida de la *Revista de Occidente* y asegurar de paso su fuente de ingresos aquí<sup>43</sup>. La

<sup>38</sup> Máximo Etchecopar, *Ortega en la Argentina*, Academia de Ciencias, Institución Ortega y Gasset, Buenos Aires, 1983.

<sup>39</sup> María Elena Ramos Mejía, “La última estancia de Ortega en la Argentina”, *La Nación*, Buenos Aires, 6 de agosto 1989. La carta está fechada “en la mar –domingo 15 de Febrero 1942”, en viaje de regreso a Europa. Reproduzco, por su valor testimonial, el pasaje entero: “... Me encuentro a bordo mejor que otras veces. Y eso que no puedo resistir a la imaginación de que es éste un buque fantasma donde navegamos hacia un continente muerto unos cuantos espectros. Aún no consigo ver a distancia mi vida de Buenos Aires, tal vez la nulidad de ella durante este año me hace sentirla como realidad y, por lo mismo, no poder medir la lejanía que comienza.”

<sup>40</sup> Carta de Ortega del 14 de noviembre de 1941, Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset, cit. por Tzvi Medin, ob. cit., p. 124.

<sup>41</sup> Carta del 20 de septiembre de 1941, cit. por Marta Campomar, “Ortega y el proyecto editorial de Espasa Calpe Argentina”, *Revista de Occidente*, Nro. 216, Madrid, p. 115.

<sup>42</sup> José Ortega y Gasset, *Epistolario*, ob. cit., pp. 168 s.

<sup>43</sup> Cfr. el estudio de Marta Campomar cit. *supra* en nota 41, y José Luis Abellán, *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Espasa Calpe, Madrid, 2000, pp. 128-131. En un artículo publicado en *Sur*, Nro. 38 (Bs. As., noviembre de 1937), Ortega ya había denunciado “el hecho bochornoso” de las ediciones clandestinas como “un crimen a mansalva. Un crimen sin exposición del criminal. Un crimen abrigado por una complicidad ilimitada” (“Ictiosauros y editores clandestinos”, VIII, 383-387).

Universidad, por su lado, “no supo o no quiso aprovechar su presencia”<sup>44</sup>, salvo por un breve curso sobre la razón vital que dictó en la Facultad de Filosofía y Letras en el primer semestre de 1940. Y, pese a ello, nos brindaba sus estudios en *La Nación* sobre el Imperio romano, cursos como “El hombre y la gente” y “Sobre la razón histórica”, artículos como “El intelectual y el otro”, el libro *Ideas y creencias*, sumados a esa “visión crepuscular” de la Argentina, como escribieron Botana y Gallo, que fue la *Balada de los barrios distantes*, donde una “terapéutica aristocrática” era propuesta para encausar y domesticar, mediante las virtudes de la Argentina patriarcal, la turbulenta aglomeración que nos llegaba de todos los rincones del mundo<sup>45</sup>. Permítaseme transcribir de ahí el siguiente pasaje:

¿Qué tengo yo que hacer en el centro de Buenos Aires, queréis decírmelo? Soy lo contrario de un hombre de negocios. No participo en intrigas. No tengo oficina. Mis relaciones sociales son sobrias. Detesto las reuniones en que hablan de política los que no entienden ni de política, pero están resueltos a salvar este país y, de paso, los demás países y, encima, la humanidad. ¡Ah..., y también la cultura! Porque la cultura está en peligro y ellos, precisamente ellos, la van a salvar<sup>46</sup>.

Excuso añadir que de estas fechas data la conferencia *Meditación del pueblo joven*, pronunciada en la Universidad de la Plata. El texto es por demás conocido, sobre todo por la fórmula “¡Argentinos, a las cosas, a las cosas!” en que venía a cifrarse la prédica “paladina o solapada, pero constante” de Ortega hacia nuestro país. “Déjense de cuestiones previas personales, de suspicacias, de narcisismos —proseguía. No presumen ustedes el brinco magnífico que dará este país el día que sus hombres se resuelvan de una vez, bravamente, a abrirse el pecho a las

---

<sup>44</sup> Cfr. la expresión de Julio Noé, cit. por José Luis Gómez-Martínez, “Presencia de América en la obra de Ortega y Gasset”, ob. cit., p. 132. En rigor, coincido con este último autor en que Ortega sólo buscaba en Buenos Aires refugiarse en su persona y su obra, es decir, soledad. Sin embargo, es extendida la opinión afín a la de Noé. Así, Roberto García Pinto escribe: “El hecho de que la Universidad Nacional de Buenos Aires no le hubiera brindado a la mayor cabeza pensante del mundo hispánico una cátedra como titular de filosofía o un instituto de importancia para estudios y cursos en su especialidad, como se hubiera hecho en cualquier país de jerarquía intelectual, significó una aberración, un lamentable ejemplo de obnubilación mental y hasta moral” (“Los pasos de Ortega en la Argentina”, ob. cit., p. 97).

<sup>45</sup> Natalio R. Botana y Ezequiel Gallo, “La política argentina entre las dos guerras mundiales”, en *Revista de Occidente*, nro. 37, Madrid, junio 1984, p. 58.

<sup>46</sup> “Balada de los barrios distantes” (1939; 408)

cosas, a ocuparse y preocuparse de ellas directamente y sin más, en vez de vivir a la defensiva, de tener trabadas y paralizadas sus potencias espirituales, que son egregias, su curiosidad, su perspicacia, su claridad mental secuestradas por los complejos de lo personal”. Al finalizar, y en línea con algunos conceptos vertidos años atrás en el ensayo *Hegel y América*, Ortega dirá:

Porque hay que apurarse, argentinos. El tiempo corre y la vida colonial, probablemente, termina ahora, aún en sus formas más avanzadas, para América. Como está en la agonía la economía colonial así el resto de esta forma de vida. Y con la vida colonial termina el vivir *ex abundantia* –las glebas se van llenando de hombres. La población se densifica –ya no hay tanta buena tierra libre, ya se ha averiguado que gran parte de esa tierra libre no es buena. Mientras hay tierra de sobra la historia no podía empezar. Cuando el espacio sobra ante el hombre reina aun la geografía que es prehistoria. La prehistoria es el paraíso, es la vida de la campaña, y del hombre en él como un detalle. La prehistoria es más que historia, paisaje. La vida colonial tiene, por eso, un delicioso carácter bucólico –es el campo, el campo abundante en derredor de unos pocos hombres. Pero ahora va a empezar la historia de América en todo el rigor de la palabra: esa primera juventud que es la adolescencia termina, la cuesta se inicia. Adán sale del paraíso y comienza su peregrinación. Buena suerte, argentinos, en esa historia que para ustedes comienza<sup>47</sup>.

El reconocimiento sobrevivirá a su muerte, acaecida en octubre de 1955. De Francisco Romero, que no tardará en individualizar en Ortega los rasgos de la “jefatura espiritual” (universalidad de intereses y de influencia, prestigio personal, capacidad realizadora investida de energía, ánimo renovador), cito este pasaje: “La hora de la revisión crítica sonará para Ortega. Pero no adelantemos el reloj, no antepongamos la hora de la exégesis en detalle a la del reconocimiento del ingente esfuerzo de que todos le somos deudores, a la de la admiración y la gratitud. Con todos

---

<sup>47</sup> *Meditación del pueblo joven* (Conferencia en la Universidad de la Plata, 1939; VIII, 389-406). En “Hegel y América” (1928; II, 563-576) ya estaba presente la noción del predominio de la geografía como prehistoria. Para una inserción de éste y otros ensayos de Ortega dentro un debate mayor sobre el “hecho colonial” que involucró, entre otros, a Keyserling y Waldo Frank, ver Marta Campomar, “Controversias americanistas: el colonialismo de Ortega y Gasset”, *Revista de estudios orteguianos*, Nro. 1, Madrid, 2000, fundamentalmente pp. 176-190.

los reparos que podamos ponerle, es y seguirá siendo personalidad sin par en el inmediato pasado de la cultura hispánica”<sup>48</sup>. Destacados intelectuales argentinos que se formaron en la década del cincuenta acusarán una profunda influencia orteguiana. Casi treinta años después, la conmemoración del centenario de su nacimiento daría lugar a una verdadera apoteosis. Finalmente, a igual distancia –y las excepciones confirman la regla– de las lecturas difamatorias como de la llamada “hermenéutica venerativa”, complace hoy comprobar la seriedad de las investigaciones en curso, que no sólo abordan los aspectos periféricos de su pensamiento, donde la presencia de Ortega era hasta ahora más visible, sino también –y sobre todo– los esencialmente filosóficos.

La mayor demostración de cariño que nos hizo fue la de no adularnos. “... [Y]o sé muy poco, muy poco, mucho menos, claro está que los jóvenes sabios de aquí, los que han leído cuatro libros alemanes y se permiten hacerme mohines, a mí que soy actualmente uno de los escritores de cosas de pensamiento que se vende más en Alemania desde hace años”<sup>49</sup>. Es cierto, en esta “posibilidad vital del encuentro y [...] dificultad existencial del desencuentro” que fue, en la feliz fórmula de Molinuevo<sup>50</sup>, la relación de Ortega con Argentina, pudieron más los complejos de lo personal. Con todo, estoy seguro de que nadie niega ya la influencia de este “argentino de afición”<sup>51</sup>, “argentino imaginario”<sup>52</sup>, como también se definió, que afortunadamente sigue convocando discípulos y recibiendo homenajes.

---

<sup>48</sup> Francismo Romero, *Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual*, Losada, Buenos Aires, 1963, pp. 7-31

<sup>49</sup> *Meditación del pueblo joven* (VIII, 404).

<sup>50</sup> José Luis Molinuevo, “Ortega y la Argentina: la modernidad alternativa”, ob. cit., p. 95.

<sup>51</sup> “Ictiosaurios y editores clandestinos”, VIII, 385.

<sup>52</sup> “Impresiones de un viajero” (VIII, 370).